

## **MOTIVOS DE ANTEO**

Patria y nación en la historia intelectual de Cuba

Por Rafael Rojas

## *Introducción*

### I

Un modo posible de estudiar una época de construcción nacional, como la que se extiende entre fines del siglo XVIII y mediados del XX, en Cuba, sería la hermenéutica de dos o tres nociones básicas, en torno a las cuales se articulan el repertorio simbólico y la formación discursiva de la comunidad naciente. Un recorrido por las significaciones históricas que se atribuyen a entidades tan decisivas para la constitución del sujeto moderno, como la tierra, la sangre y la memoria, permitiría remontar, por una ladera, el devenir de las representaciones nacionales.

En su libro *Giro lingüístico e historia intelectual* (1998), el historiador argentino Elías José Palti proponía acelerar el tránsito de la tradicional «historia de las ideas» a la nueva «historia intelectual» por medio de una arqueología de los conceptos socializados en un período determinado.<sup>1</sup> Si la cultura, a partir de los estudios postestructuralistas, es entendida como «texto», la historia debe ser, entonces, una forma del saber que narre la práctica social de nociones escritas y leídas en ese horizonte textual.<sup>2</sup>

Una topología literaria, similar a la practicada por Mario Praz en *La carne, el diablo y la muerte en la literatura romántica* (1999), por ejemplo, busca la destilación del legado intelectual postclásico bajo la forma de algunos conceptos recurrentes. En aquel libro, tan bien recibido por la crítica, Praz se enfrentaba a toda una tradición del pensamiento literario occidental, coronada por Max Nordau y Benedetto Croce que, desde el biologicismo o

---

1 Elías José Palti, *Giro lingüístico e historia intelectual*, Buenos Aires, Universidad de Quilmas, 1998, pp. 19-24.

2 *Ibid*, pp. 25-34.

el historicismo, había catalogado las representaciones culturales de la época romántica como patologías del alma o el cuerpo.<sup>3</sup>

Entre fines del siglo XVIII, cuando la introducción del modelo de plantación azucarera esclavista y el acceso a las primeras ideas e instituciones ilustradas generan, entre la población blanca, negra y mestiza, un discurso de pertenencia y apropiación de la tierra, hasta mediados del siglo XX, cuando se produce la modernización jurídica y política del orden republicano, la cultura cubana experimenta un largo proceso de transición de la *alteridad* criolla a la *identidad* propiamente nacional.

En *Motivos de Anteo* se intenta un acercamiento a ese devenir por medio de circunnavegaciones alrededor de dos conceptos, *patria* y *nación*, y algunas de sus variantes metafóricas: *tierra*, *sangre* y *memoria*. Estas tres últimas nociones poseen, además de un desarrollo histórico delimitado en el tiempo y el espacio, un campo semántico descentrado y heterogéneo. Los conceptos de la *tierra* no son idénticos en las postrimerías criollas del siglo XVIII y en la primera mitad republicana del XX. Los de la *sangre*, por su lado, aluden tanto a las muertes en combate durante las guerras anticoloniales del XIX o las revoluciones nacionalistas del pasado siglo como al tejido de linajes y genealogías nacionales e, incluso, a la clínica discursiva de las «enfermedades del alma» colectiva, practicada por varias promociones de ensayistas cubanos.

La *memoria*, el último de los dispositivos metafóricos rastreados en estas páginas, adquiere desde la ilustración criolla una multiplicidad de sentidos. En Cuba, como en cualquier otro estado nacional en proceso de edificación, las memorias locales y provinciales, étnicas y genéricas, religiosas y gremiales, van acumulando progresivamente representaciones comunitarias hasta alcanzar, a mediados del siglo XX, una dimensión

---

3 Mario Praz, *La carne, la muerte y el diablo en la literatura romántica*, Barcelona, El Acantilado, 1999, pp. 33-61.

nacional. Las políticas y poéticas de la memoria, propias de la historiografía y la literatura republicanas (Ramiro Guerra, Fernando Ortiz, Jorge Mañach, José Lezama Lima, Cintio Vitier...) vendrían siendo las formas discursivas más sofisticadas del nacionalismo intelectual en Cuba.

En *Landscape and Memory* (1995), el historiador Simon Schama emprendió un ambicioso proyecto de historia cultural, a partir de las representaciones occidentales de tres escenarios de la naturaleza: el bosque, el agua y la roca.<sup>4</sup> El deslumbrante relato que Schama consiguió narrar era el de una incontenible humanización del paisaje, a través de sangrientas luchas por su conquista física y posesión simbólica, que culminaba en un conjunto de rituales de veneración exótica, melancolía bucólica y reminiscencia comunitaria.

El bosque, por ejemplo, según Schama, cumplía diferentes funciones en el imaginario alemán e inglés. Mientras para los alemanes el bosque era un espacio de afirmación tribal frente a la Roma imperial, de «piedras y leyes», para los ingleses, más aristocráticamente sedimentados, era el coto de caza real, el refugio de vagabundos, forajidos y justicieros, pero también la locación propicia para el lirismo romántico.

En el mundo republicano de Francia y América, sin embargo, el bosque aparece siempre estetizado como la otredad bella que se contrapone a la modernidad urbana. El campo motiva los discursos pastorales del republicanismo atlántico y, al mismo tiempo, aquellas contrapastorales de la modernidad, estudiadas por Marshall Berman, que desde resistencias aristocráticas o moralizaciones cristianas exaltan el universo rural. Las identidades nacionales, concluye Schama, se hilvanan sobre una «mística particular del paisaje», sobre una «topografía simbólica del suelo patrio».<sup>5</sup>

---

4 Simon Schama, *Landscape and Memory*, New York, Vintage Books, 1995, pp. 3-19.

5 *Ibid*, p. 15.

La memoria de la tierra y de la sangre, es decir, la racionalización de un patrimonio económico y simbólico, podría ser definida como la forma depurada de autoconciencia intelectual de una cultura. Ese proceso comienza a ser perceptible en la historia de Cuba a mediados del siglo XIX, entre las élites criollas blancas. Sin embargo, como bien apunta la historiadora María del Carmen Barcia, desde entonces y hasta hoy, ha habido otras representaciones familiares de la nacionalidad o, más bien, otras memorias nacionales, articuladas desde sujetos subalternos como los esclavos en el siglo XIX o los inmigrantes en el XX.<sup>6</sup>

La memorialización que produce toda cultura, a partir de la práctica secular de discursos y ceremonias patrióticas y nacionalistas, puede ser abrumadora. En el caso de Cuba, y de casi todos los países latinoamericanos, ese proceso tiene una fuerte presencia en el campo ideológico. La tierra y la sangre, por ejemplo, son elementos distintivos, no sólo de las narrativas fundacionales de esas naciones, sino, también, de una cuantiosa herencia de pensamiento agrario y populista, que apela a la conquista, defensa y reparto de la tierra y al sacrificio o la muerte por la patria.

El patriotismo y el nacionalismo, a pesar sus diferencias teóricas e históricas, generalmente se identifican y confunden.<sup>7</sup> La patria y el

---

6 María del Carmen Barcia, *La otra familia. Parientes, redes y descendencia de los esclavos en Cuba*, La Habana, Fondo Editorial Casa de las Américas, 2003, pp. 81-36. Ver también Verena Martínez-Alier, *Marriage, Class, and Colour in Nineteenth Century Cuba*, Cambridge, Cambridge University Press, 1973, pp. 103-119.

7 Existe una vasta bibliografía sobre la distinción entre patriotismo y nacionalismo. Menciono sólo algunos títulos recientes: Homi K. Bhabha, *Nation and Narration*, New York, Routledge, 1990; Eric Hobsbawm, *Nations, and Nationalism since 1780. Programme, Myth, and Reality*, Cambridge, Cambridge University Press, 1990; Ettiene Balibar and Immanuel Wallerstein, *Race, Nation, Class. Ambiguous Identities*, New York, Verso, 1991; Gil Delannoi y Pierre-André Taguieff, *Teorías del nacionalismo*, Barcelona, Paidós, 1993; Marcel Gauchet, Pierre Manent y Pierre Rosanvallon, *Nación y modernidad*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1995; Montserrat Guibernau, *Los nacionalismos*, Barcelona, Ariel, 1996; David Miller, *Sobre la nacionalidad. Autodeterminación y pluralismo cultural*, Barcelona, Paidós, 1997; Maurizio Viroli, *For Love of Country. An Essay on Patriotism and Nationalism*, Oxford,

conjunto de sentimientos y representaciones que este concepto moviliza están relacionados con patrimonios y afectos territoriales, con identidades étnicas y religiosas que no necesariamente gravitan hacia la construcción del Estado nacional. La nación y el nacionalismo, en cambio, son horizontes culturales y políticos más abarcadores que remiten a comunidades raciales, lingüísticas o confesionales, como en el romanticismo, que se articulan a partir de principios republicanos o imperiales, como en las épocas neoclásica y moderna, o que discurren en torno identidades «espirituales», basadas en tradiciones, costumbres o «temperamentos», como sucede en tantas experiencias postcoloniales.

En la historia intelectual de Cuba es fácilmente discernible un patriotismo criollo, como el estudiado por Severo Martínez Peláez para Guatemala y David Brading para México, que se extiende desde finales del siglo XVIII hasta mediados del siglo XIX y que atraviesa discursos y prácticas relacionados con la defensa de la Habana contra los ingleses, los intentos juntistas de 1808, las conspiraciones masónicas, bolivarianas y abolicionistas de las tercera y cuarta décadas del XIX, la poesía de Rubalcava, Zequeira, Milanés, Heredia, Avellaneda y Plácido y los escritos de Caballero, Arango, Varela, Saco, Luz y Del Monte.<sup>8</sup>

Ese patriotismo, que lo mismo puede llegar a ser republicano y separatista, como en Varela y Heredia, que reformista y monárquico, como en Saco y Del Monte, se afirma como una alteridad local dentro del territorio cultural hispánico, blanco y católico. El término *nacionalidad*, que

---

Clarendon Press, 1997; Margaret Levi, *Consent, Dissent, and Patriotism*, Cambridge, Cambridge University Press, 1997; Ernest Gellner, *Nacionalismo*, Barcelona, Destino, 1998; Martha C. Nussbaum, *Los límites del patriotismo. Identidad, pertenencia y ciudadanía mundial*, Barcelona, Paidós, 1999; Juan Pablo Fusi, *La patria lejana. El nacionalismo en el siglo XX*, Madrid, Taurus, 2003; Antonio Annino y Francois-Xavier Guerra, *Inventando la nación. Iberoamérica. Siglo XIX*, México, FCE, 2003.

<sup>8</sup> Severo Martínez Peláez, *La patria del criollo. Ensayo de interpretación de la realidad colonial guatemalteca*, México, FCE, 1998, pp. 99-149; David Brading, *Los orígenes del nacionalismo mexicano*, México, Era, 1980, pp. 15-42.

llega a utilizar Saco, no rebasa los límites de una representación intelectual, favorable a la hegemonía de las élites agrarias criollas. La consagración de la patria como «paisaje» o como «topofilia», analizada por Yi Fu Tuan, implica un sistema de apropiación y tenencia de la tierra y, al mismo tiempo, un trazado de límites de inclusión en la comunidad, frente a otros sujetos, como la población negra.<sup>9</sup>

El tránsito del patriotismo criollo al nacionalismo cubano, que se extiende desde mediados del siglo XIX hasta 1898, con las campañas anexionistas, las guerras de independencia, la propaganda autonomista y la obra oral y escrita de los grandes intelectuales de aquella época (Casal, Villaverde, Martí, Varona, Piñeyro, Sanguily, Montoro, Giberga, Cabrera, Rodríguez...), produce una ampliación social y racial de la subjetividad nacional, al desarrollarse el consenso de la abolición de la esclavitud e incorporarse las capas bajas de la población blanca, negra y mulata a las opciones políticas del anexionismo, el autonomismo y, sobre todo, el independentismo.

El nacionalismo que se articula en esta época no desplaza o cancela el patriotismo, tal como lo vio Maurizio Viroli para la Europa de los siglos XIX y XX. Anexionistas, autonomistas y separatistas eran patriotas, que amaban la tierra en que nacieron y comenzaban a representarse su comunidad bajo la forma de una ciudadanía con plenos derechos civiles y políticos. Todos coincidían en que debía producirse un cambio en el estatuto colonial de la isla bajo España, pero divergían radicalmente en el tipo de soberanía que habría de adoptar el nuevo Estado. El republicanismo, que provenía de la tradición patriótica criolla, fue reelaborado por aquellas tres corrientes, y la idea nacional, que en el separatismo martiano se conformó a toda velocidad, mientras en el

---

9 Yi-Fu Tuan, *Topophilia: A Study of Environmental Perception, Attitudes, and Values*. Englewood Cliffs, NJ: Prentice-Hall, 1974, pp. 15-24.

autonomismo y el anexionismo avanzaba lentamente, acabó envolviendo todo el espectro político cubano de fines del siglo XIX.

Es notable, en este proceso, la ausencia de un discurso propiamente romántico de la nación, basado en la identidad racial, lingüística o religiosa de la comunidad, en cualquiera de aquellas tres corrientes políticas. Quienes estuvieron más cerca de ese discurso, por rechazar la opción republicana, fueron los autonomistas, pero ya para principios de la última década del siglo XIX, sus principales líderes habían abandonado los enfoques eugenésicos más rancios, y, al igual que Martí, preferían aludir a una «comunidad de intereses» o, a lo sumo, a un «alma» o un «principio espiritual», el elemento más intangible de identificación colectiva, apuntado por Ernest Renan en su famosa conferencia *¿Qué es una nación?* (1882) en la Sorbona.<sup>10</sup>

El nacionalismo postcolonial cubano, ese que arranca con la poderosa corriente antiplattista de las primeras décadas republicanas, se renueva en los años 20 con el Minorismo y *Avance*, se afianza en los movimientos y partidos políticos antimachadistas de los años 30, y desemboca en la Constitución de 1940, registrando, en ese camino de medio siglo, la mejor producción intelectual de la isla (Loveira, Ramos, Guerra, Lamar Schweyer, Ortiz, Mañach, Lezama...). También replantea el debate entre la visión eugenésica y la visión republicana de la nacionalidad, siendo ésta última la matriz de la hegemonía discursiva producida a mediados del siglo XX cubano. Entre el nacionalismo transcultural del segundo Fernando Ortiz y el insularismo católico del primer José Lezama Lima se mueve todo el espectro de la idea republicana en Cuba.

---

10 Ernest Renan, *¿Qué es una nación?*, Madrid, Alianza Editorial, 1987, p. 82.

Un modo de orientación teórica, en medio de esos nacionalismos intelectuales, sería la diferencia, propuesta Bernard Yack y Kai Nielsen, entre nacionalismo étnico, cívico y cultural.<sup>11</sup> Desde las primeras décadas republicanas, en Cuba venía articulándose un nacionalismo étnico, basado en identidades hispánicas, negras o mestizas. Ramiro Guerra, Alberto Lamar Schweyer, Gustavo Urrutia y, más adelante, Juan René Betancourt Bencomo, se acercaron, desde perspectivas hegemónicas o subalternas, a esa formulación.<sup>12</sup> El republicanismo integracionista o «armonizador» de Jorge Mañach y el republicanismo transcultural de Fernando Ortiz fueron dos modalidades del nacionalismo cívico, que es el que constitucionalmente se impone desde la Ley Morúa hasta la Carta Magna del 40. El nacionalismo de *Orígenes*, como veremos, no es étnico ni cívico, sino cultural, ya que parte de la identidad hispáno-católica para llegar a una ontologización poética del «espíritu» nacional.

## II

Casi todos los historiadores cubanos –desde los criollos ilustrados del siglo XVIII (Morell de Santa Cruz, Ribera, Arrate, Urrutia, Valdés) hasta los republicanos de mediados del siglo XX (Santovenia, Guerra, Portell Vilá, Leví Marrero), pasando, naturalmente, por los fundadores de la historiografía nacional en el siglo XIX (Arango y Parreño, Saco, Guiteras, Bachiller y Morales)– repararon en el hecho de que la palabra siboney

---

11 Bernard Yack, «The Myth of the Civic Nation», Ronald Beiner, ed., *Theorizing Nationalism*, Nre York, State University of New York, 1999, pp. 103-119; Kai Nielsen, «Cultural Nationalism, Neither Ethnic nor Civic», Ronald Beiner, ed., *Theorizing Nationalism*, Nre York, State University of New York, 1999, pp. 119-131.

12 Laurence Glasco, «From Assimilation to Integration: The Narrow Spectrum of Afro-Cuban Ideology: Juan Gualberto Gómez, Evaristo Estenoz, and Juan René Betancourt», *Diaspora*, Vol. V., 1996, pp. 97-117.

*Cuba*, nombre de la isla, era uno de los pocos legados de las civilizaciones caribeñas anteriores a la llegada de Colón.<sup>13</sup>

Según Antonio Bachiller y Morales, en su obra *Cuba primitiva* (1884), la palabra podría significar «país» o «tierra» y su origen etimológico estaría en el vocablo *siba*, que quiere decir, en lengua siboney, roca o piedra: el elemento primordial de aquella cultura paleolítica en la época de la dominación taína de los siglos XIV y XV. Las dos principales civilizaciones precolombinas, la siboney y la taína, según Bachiller «no dejaron ruinas numerosas que estudiar» ni una importante población, diezmada por la conquista, el trabajo forzado, las epidemias y el suicidio, pero legaron muchas palabras (ajiaco, cocuyo, guayaba...) y, entre ellas, el nombre del país.<sup>14</sup> Santovenia hablará de la «ruina de la raza cobriza» y Guerra dirá que donde único es discernible la «huella del antepasado indígena» es en «la nomenclatura geográfica..., en los nombres de Cuba y de dos de sus provincias, centenares de ciudades, pueblos, caceríos, barrios rurales, ríos, valles, montañas y multitud de plantas y frutos».<sup>15</sup>

Uno de los primeros historiadores criollos, el regidor habanero Pedro Martín Félix de Arrate, ofreció en su *Llave del Nuevo Mundo. Antemural de las Indias Occidentales* (1750) una visión de la escritura de la historia como acto de gratitud a la patria, que en su caso era la villa de San Cristóbal de la Habana, no España ni Cuba, y como memoria de la epopeya del cubano en el dominio de su tierra. Esa visión patricia de la historia, que se transmitiría hasta la generación republicana de Guerra y Santovenia, Ortiz y Mañach, en pleno siglo XX, se presentaba desde las primeras páginas de

---

13 Carmen Almodóvar Muñoz, *Antología crítica de la historiografía cubana*, La Habana, Pueblo y Educación, 1986, pp. 95-158.

14 Antonio Bachiller y Morales, *Cuba primitiva. Origen, lenguas, tradiciones e historia de los indios de las Antillas mayores y lucayas*, La Habana, Librería de Miguel de Villa, 1883, pp. 255-266.

15 Emeterio Santovenia, *Historia de Cuba*, La Habana, Editorial Trópico, 1939, t. I., pp. 197-231;

Ramiro Guerra, *Historia de Cuba*, La Habana, Librería Cervantes, 1922, t. I., p. 51.

aquella obra como una reacción contra «el culpable silencio de los patricios» en la «plausible curiosidad de los extraños», esto es, la falta de reconocimiento de las virtudes criollas en los discursos peninsulares y europeos sobre Cuba. Arrate apelaba entonces a la referencia del conde Manuel Thesauro, quien consideraba a los patricios turineses como peregrinos en la tierra, obligados a mostrar gratitud por la patria:

Empeñándome a esto la doctrina y erudición del conde Thesauro, que califica de breve la vida de cualquier ciudadano que muere sin rendir algún obsequio a la patria. No queriendo terminase la mía sin tributarle una leve señal del amor que le tengo, y que por tantos títulos merece. Y más cuando el ejemplo de los extraños sirve de estímulo y aun de sonrojo a los patricios, tomando aquellos como asunto de sus plumas la materia que a éstos no les ha debido ni un solo rasgo con que pudieron haber ministrado más alas a la fama y nombre a la ciudad.<sup>16</sup>

En su polémica con la ilustración europea antihispánica y anticriolla (Buffon, Raynal, Robertson, De Pauw...), Arrate, como tantos otros patricios hispanoamericanos, echaba mano del principio clasificador de la historia natural para mostrar la riqueza, tanto de la fauna, la flora y la agricultura insulares, como de los méritos profesionales y políticos de los vecinos de la ciudad.<sup>17</sup> Así, luego de largas series de peces y mariscos (lisas, sábalos, manjuaríes, guabinas, biajacas, camarones), maderas preciosas (cedros, caobas, robles, guanadillos, guayacanes, daganes), frutas (uvas, higos negros y blancas, granadas, melones, sandías, piñas, anones, zapotes, mameyes colorados y amarillos, naranjas, guayabas, plátanos, papayas, cocos), aves (ruiseñores, sinzontes, mariposas, chambergos, azulejos, mallos,

---

16 José Martín Félix de Arrate, *Llave del Nuevo Mundo. Antemural de las Indias Occidentales. La Habana descripta: noticia de su fundación, aumentos y estado*, México, Fondo de Cultura Económica, 1949, pp. 6-67.

17 Antonello Gerbi, *La disputa del Nuevo Mundo. Historia de una polémica (1750.-1900)*, México, Fondo de Cultura Económica, 1960, pp. 3-72.

palomas torcaces, becacinas, codornices, perdices, flamencos, guacamayas, cotorras, periquitos, papagayos), cultivos (tabaco, caña, yuca, batata, gengibre, maíz, arroz, cacao, café) y hasta jutías y «perros mudos», como los que vió Colón al desembarcar, Arrate insertaba extensas listas de personalidades criollas de la Iglesia, el Ejército y el cabildo.

Toda esta discursividad naturalista desembocaba, pues, en la apología de la tierra y la sangre, en la escritura como memoria de «la virtud y excelencia de los hijos del país», de la «gloria y fama de la patria por la bondad y el mérito de sus naturales». El modelo de Arrate, naturalmente, provenía del patriciado de las repúblicas antiguas: «¡qué honor no dieron a Esparta los Epaminondas, a Roma los Camilos, a Atenas los Arístides y Cartago los Aníbalés!».<sup>18</sup> Pero además del sacrificio en la defensa de la patria, que codificaba los mitos sanguíneos de la antigüedad, en Cuba, colonia de plantación, la epopeya de la tierra era el primer capítulo de esa gran narrativa sobre la identidad patricia:

De Anteo fabularon o discurrieron los antiguos, como escriben los mitológicos, que al calor y abrigo de su madre, la Tierra le daba aliento e infundió espíritus para lidiar con Hércules, cobrando esfuerzos para la lucha cada vez que rendido daba en el suelo, y que separado de este auxilio perdió el triunfo y la vida. Ficción fue esta sin duda de los poetas, por muy propia inventiva, para persuadir cuánto contribuye el favor materno o suelo patrio para esforzar al ánimo a sublimes empresas y facilitar el logro de grandes cosas.<sup>19</sup>

Cuando Arrate escribió estas páginas, la población cubana no rebasaba los 200 000 habitantes y cerca del 50% de la misma eran negros y mulatos esclavos o libres. Dos siglos después, a mediados del siglo XX, los más

---

<sup>18</sup> José Martín Félix de Arrate, *Op. Cit.*, pp. 12-15 y 231-251.

<sup>19</sup> *Ibid*, p. 234.

importantes historiadores de la isla (Guerra, Santovenia, Mañach, Ortiz...) seguirán defendiendo la identidad criolla en términos similares, a pesar de que para entonces habrán sucedido ya dos guerra de independencia, la abolición de la esclavitud, dos ocupaciones militares de Estados Unidos, una revolución tan nacionalista como la de 1933 y de que la población insular sea cercana a los 5 millones, de los cuales tres y medio serán blancos y uno y medio negro, mulato y chino.

En *Azúcar y población en las Antillas* (1927), por ejemplo, Guerra retomará casi literalmente el mito de Anteo. A partir de una frase del político y escritor francés Eduard Herriot –«la tierra exige presencia real»– Guerra defendía la vigencia del mito griego para la Cuba de las primeras décadas republicanas: «en la lucha contra el latifundio, el pueblo cubano representa a Anteo. Firmes en la posesión de la tierra, seremos invencibles; si el latifundio acaba su obra de separarnos de ella, estaremos irremisiblemente perdidos. Hay que volver a la tierra y afirmarnos en ella, o perecer».<sup>20</sup> Emeterio Santovenia, por su parte, iniciará su *Historia de Cuba*, no con las civilizaciones siboney y taína, sino con la epopeya de la tierra: desde la sumersión y emersión geológica de la zona antillana y la disposición de una estructura y un relieve cultivables hasta la interacción entre agricultura, comercio y ganadería impulsada por la economía de plantación azucarera y esclavista.<sup>21</sup>

Pero por el camino de aquellos dos largos siglos, las élites criollas habrán dejado otros testimonios similares de defensa de una identidad naciente, contrapuesta a discursos de desprecio producidos en Europa y Estados Unidos, como los que abundan en la obra de José Martí y de otros autores contemporáneos de éste, que han sido opacados por la luminosidad

---

20 Ramiro Guerra, *Azúcar y población en las Antillas*, La Habana, Instituto Cubano del Libro, 1970, p. 164.

21 Emeterio Santovenia, *Historia de Cuba*, La Habana, Editorial Trópico, 1939, t. I., pp. 27-36; t. II (1943), pp. 251-272.

del héroe, como Antonio Bachiller y Morales en *Galería de hombres útiles* (1859), Raimundo Cabrera y Bosch en *Cuba y sus jueces* (1887) y Manuel de la Cruz en *Cromitos cubanos* (1893), que fueron los modelos bibliográficos que siguieron Jesús Castellanos en *Cabezas de estudio* (1902), Néstor Carbonell Rivero en *Próceres* (1928) y otros biógrafos de la primera República. En todos estos libros se ofrecen semblanzas de letrados, científicos y políticos criollos que, con sus virtudes públicas y sus sacrificios políticos, han pagado una deuda de gratitud para con la patria y han demostrado al mundo que el cubano es un sujeto capaz de autogobernarse de acuerdo con las normas jurídicas de un Estado nacional moderno.<sup>22</sup>

La tierra que se domina y cultiva, la patria por la que se derrama sangre y se sacrifican fortunas, junto con el linaje secular de los patricios, archivado en la memoria de la nación, son los grandes temas del discurso criollo. Todavía en unas célebres conferencias en el Aula Magna de la Universidad de la Habana, inaugurando la Cátedra Martiana de 1951, Jorge Mañach reformulaba el argumento de la «sangre y la tierra» en la cultura cubana. A partir de variopintas lecturas de la primera mitad del siglo XX (Keyserling, Ganivet, Cassou, Azorín, Unamuno, Frank...) y, sobre todo, del sociólogo francés Alfred Siegfried, autor de *El alma de los pueblos*, Mañach sostenía entonces la existencia de «estilos étnicos» que alimentaban los tópicos, tan reales como ficticios, acerca del «ingenio francés», la «tenacidad inglesa», la «disciplina alemana», el «misticismo ruso» y el «dinamismo americano».<sup>23</sup>

---

22 Antonio Bachiller y Morales, *Galería de hombres útiles*, La Habana, Instituto Nacional de Cultura, 1955; Raimundo Cabrera y Bosch, *Cuba y sus jueces*, La Habana, Ricardo Veloso, 1922; Manuel de la Cruz, *Cromitos cubanos*, Madrid, Editorial Saturnino Calleja, 1926; Jesús Castellanos, *Cabezas de estudio*, Miami, Editorial Cubana, 1996; Néstor Carbonell Rivero, *Próceres*, Miami, Editorial Cubana, 1999.

23 Jorge Mañach, *El espíritu de Martí*, San Juan, Puerto Rico, Editorial San Juan, 1973, p. 53.

Aunque Mañach se cuidaba de ofrecer una versión benevolente de aquel viejo paradigma eugenésico, heredado del positivismo y el darwinismo decimonónicos, sus alusiones a virtudes o «dotes» del «hombre negro» –«un extraordinario sentido del ritmo y, por tanto, una marcada capacidad de interpretación, ejecución y creación musical»– o del «indígena americano» –«una peculiar sensibilidad plástica»– o del «chino» – «una paciencia que acaso se enlaza con su sabiduría práctica o moral»– su argumentación ocultaba el repertorio de los «vicios» con el fin de afirmar un «imperio» y una «masa» de la sangre que, en cada cultura nacional, otorga un singular perfil psicológico y ético a los hijos de la tierra.<sup>24</sup> La subjetividad de José Martí, concluía Mañach en una réplica ponderada del ensayo de Arturo R. de Carricarte *La cubanidad negativa del apóstol Martí*, era el resultado espiritual del encuentro entre esas dos lógicas primordiales, la de la tierra y la de la sangre, en la historia de Cuba.<sup>25</sup>

Toda vez que Mañach entendía esa «representatividad» de Martí, en términos emersonianos, como consecuencia de la criollez del héroe, algunos intelectuales negros reaccionaron contra esta tesis, heredera de un influyente libro suyo anterior: *Historia y estilo* (1944). A mediados del siglo XX, cuando Mañach operaba esa reformulación de una subjetividad criolla hegemónica, dentro de la cultura cubana, la composición étnica de la isla experimentaba cambios demográficos, favorables a dicha hegemonía. Según el censo de 1953, en Cuba había 5 829 029 habitantes, de los cuales 4 243 956 eran blancos, 725 311 negros, 843 105 mulatos y 16 657 chinos.<sup>26</sup> Discípulos de Martí, como Luis Rodolfo Miranda, interpretaban esa mayoría blanca como la consolidación de aquella «sangre nueva», criolla, profetizada en las páginas del periódico *Patria*, que corregía los

---

24 *Ibid*, p. 52.

25 *Ibid*, pp. 63-71.

26 *La estadísticas demográficas cubanas*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1975, p. 69.

vicios del carácter español y encabezaba la modernización republicana de la isla.<sup>27</sup>

De ahí que intelectuales negros como Ángel César Pinto Albiol y Armando Guerra criticaran abiertamente esta hermenéutica del sujeto nacional. El primero lo hizo en su ensayo *El doctor Mañach y el problema negro* (1949), que ha sido comentado ampliamente por Duanel Díaz en la última parte de su libro *Mañach o la República* (2003).<sup>28</sup> El segundo, menos conocido y ni siquiera mencionado en el más arduo estudio sobre el tema —*Una nación para todos. Raza, desigualdad y política en Cuba. 1900-2000* (2000) de Alejandro de la Fuente— a través del libro *Martí y los negros* (1947). El libro de Guerra, que apareció con un prólogo inteligente de Juan Marinello, retomaba la tradición de intelectuales negros martianos, como Rafael Serra en *Para blancos y negros* (1907), Martín Morúa Delgado en *Amarguras y realidades* (1910) y Gustavo E. Urrutia en su serie «Ideales de una raza» en *Diario de la Marina*, con el fin de desarrollar aún más el argumento republicano de su ensayo *El sentimiento étnico de José Martí*, publicado en 1925 con un prólogo de Néstor Carbonell.<sup>29</sup>

Marinello y Guerra coincidían en que era preciso sacar el tema racial de la invisibilidad a que lo sometía la retórica republicana. El primero, por ejemplo, reaccionaba contra «la necesidad de ocultar, de cubrir con la conquista legal el usufructo de las viejas desigualdades» y criticaba a los «blancos que ruegan aún con sugestivo lamento a los escritores de su raza el silencio más absoluto en torno a la tragedia del hombre negro».<sup>30</sup> Pero tanto Marinello como Guerra, aunque rechazaran el republicanismo de

---

27 Luis Rodolfo Miranda, *Pensando en Martí*, La Habana, Sociedad de Antiguos Alumnos del Seminario Martiano, 1947, pp. 3-11.

28 Duanel Díaz, *Mañach o la República*, La Habana, Letras Cubanas, 2003, pp. 163-178.

29 Armando Guerra, *Martí y los negros*, La Habana, Imprenta Aramburu, 1947, pp. 17-30.

30 *Ibid.*, p. 8. Ver también Martín Morúa Delgado, *Integración cubana y otros ensayos*, La Habana, Edición de la Comisión Nacional del Centenario de Martín Morúa Delgado, 1957, pp. 47-107 y 239-245.

Mañach y le atribuyeran al republicanismo martiano una fuerte radicalidad igualitaria, enfrentaban el problema racial desde un punto de vista marxista, es decir, subordinando la emancipación étnica a la lucha de clases: «es tiempo de que el negro orientador advierta con toda claridad que su caso forma parte del caso del mundo y no cuestión específica susceptible de tratamiento privativo».<sup>31</sup>

Otras formas de sociabilidad, además de la racial y la religiosa, alcanzaron un desarrollo considerable en las décadas previas al triunfo de la Revolución. Una prueba más de aquel proceso de diversificación social se observa en la masonería, estudiada por Eduardo Torres Cuevas. En 1959, según este historiador, las logias cubanas alcanzaron el mayor número de miembros de su historia –32 000 afiliados– y a partir de ahí iniciaron una gradual disminución que sólo en los primeros años del siglo XXI comenzó a ser revertida.<sup>32</sup> La Revolución que triunfó ese año, lejos de acentuarla con su dramático cambio social, implicó un acotamiento de aquella diversificación, por medio de políticas equitativas de distribución del ingreso, satisfacción mayoritaria de derechos sociales y homogeneización ideológica y política de la ciudadanía.

---

<sup>31</sup> *Ibid*, p. 14.

<sup>32</sup> Eduardo Torres Cuevas, *Historia de la masonería cubana*, La Habana, Imagen Contemporánea, 2004, pp. 209-246.